

Uno de los mas importantes deberes del sacerdocio era el de la educacion, á cuyo objeto estaban destinados ciertos edificios dentro de los muros del templo principal. Allí se ponía á la juventud de ambos sexos, tanto de la clase alta como de la mediana, desde su muy tierna edad. Las niñas eran instruidas bajo el cuidado de las sacerdotisas, pues tambien se permitía á las mugeres el ejercicio de las funciones sacerdotales, excepto las del sacrificio (17); y se enseñaba á los niños la práctica de la disciplina monástica. Decoraban con flores los altares de los dioses: mantenian el fuego sagrado, y tomaban parte en los cantos y festividades religiosas. Los de la primera escuela llamada *Calmecac*, estaban iniciados en la doctrina de las tradiciones, en los misterios de los geroglíficos, en los principios de gobierno, y en todos aquellos ramos de la ciencia astronómica y de las naturales que estaban al alcance de los sacerdotes. Las niñas aprendian varias cosas propias de su sexo, especialmente á tejer y bordar ricas cubiertas para los altares de los dioses. Se prestaba una grande atencion á la disciplina moral de ambos sexos: guardábase el mayor decoro; y las faltas se castigaban con extremo rigor, en algunos casos aun con la misma muerte. El miedo y no el amor era entre los aztecas el principal resorte de la educacion (18).

Al cumplir la edad necesaria para el matrimonio, ó al entrar al mundo, se despedía á los pupilos del establecimiento con mucha ceremonia, y la recomendacion del superior abria muchas veces á los mas aptos el camino para los empleos de mas responsabilidad en la vida pública. Tal era la artificiosa política de los

os cueste, pues acordaos que su carne es igual á la vuestra, y que son hombres semejantes á vos." Tal es la extraña mezcla de la benevolencia del verdadero cristiano, y las gentílicas abominaciones del culto azteca, que anuncia fuentes sumamente diversas.

(17) Los dioses de los egipcios eran tambien servidos por sacerdotisas. (Véase Herodotus, Euterpe, sec. 54). Relaciones escandalosas, semejantes á las que circulaban entre los griegos respecto de aquellas, se refieren de las virgenes aztecas. (Véase Le Noir's dissertation, ap. Antiquités Mexicaines (Paris, 1834), tom. II, p. 7, nota). Los primeros misioneros, bastante crédulos por cierto, no prestaron apoyo á tales aserciones, y antes al contrario, el padre Acosta exclama: „En verdad, es muy extraño ver que esta falsa opinion de religion, tuviese tanta fuerza entre los jóvenes y doncellas de Méjico, que los hiciera servir al demonio con tan grande rigor y austeridad, cual muchos de nosotros no empleamos en el servicio del altísimo Dios, lo que es una grande confusion y vergüenza." Trad. ing., lib. 5, cap. 16.

(18) Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 9.—Sahagun, Historia de Nueva-España, lib. 2, Apénd., lib. 3, cap. 4-8.—Zurita, Rapport, pp. 123-126.—Acosta, lib. 5, cap. 15 y 16.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 9, cap. 11-14, 30 y 31.

„Se les enseñaba," dice el piadoso padre citado últimamente, „á huir del vicio y á abrazar la virtud, segun las nociones que tenian de aquel y ésta; especialmente á abstenerse de la ira, de hacer violencia ó injuriar á otro hombre: en una palabra, á cumplir con los deberes sencillamente prescritos por la religion natural."

sacerdotes, quienes reservándose el cargo de la instruccion, podian amoldar fácilmente el entendimiento de la juventud segun sus deseos, é inspirarles desde su muy temprana edad una implícita reverencia por la religion y sus ministros, que conservaba su dominio sobre el férreo carácter del guerrero, mucho tiempo despues de que todos los otros vestigios de la educacion habian desaparecido por el duro ejercicio que habia abrazado.

Cada uno de los templos principales tenia las tierras necesarias para la manutencion de los sacerdotes, cuyas posesiones se aumentaron sucesivamente por la política ó devocion de los príncipes, en términos que, en el reinado del último Montezuma, habian llegado á tener una enorme extension, y cubrian todos los distritos del imperio. Los sacerdotes tomaban en sus manos la direccion de sus propiedades, y parece que trataban á sus arrendadores con la liberalidad é indulgencia propias de las corporaciones monásticas. Ademas de los grandes recursos que les proporcionaba esta fuente, estaban enriquecidos con la ofrenda de los primeros frutos y con otras varias donaciones dictadas por la piedad ó la supersticion. El sobrante que resultaba, despues de deducidos los gastos del culto nacional, se distribuía en limosnas entre los pobres, cuyo deber prescribía estrictamente su código moral. Así, pues, la misma religion inculcaba por una parte lecciones de la mas pura filantropía, y por otra, como veremos muy pronto, la exterminacion mas desapiadada. Esta contradiccion no parecerá increíble á aquellos que estén instruidos en la historia de la Iglesia romana en los primeros tiempos de la Inquisicion (19).

Los templos mejicanos llamados Teocallis, „casas de Dios," eran numerosos. Habia algunos centenares en cada una de las ciudades principales, muchos de ellos tal vez muy humildes edificios. Eran unas sólidas masas de tierra cubiertas exteriormente con ladrillos ó piedra, y en su forma algo semejantes á la estructura de las pirámides del antiguo Egipto. La base de algunos de ellos, tenia mas de cien piés cuadrados, y sus torres se elevaban á una altura mucho mayor. Dividianse en cuatro ó cinco pisos, siendo las dimensiones del segundo, menores que las del primero, y así sucesivamente, y se subía por una escalera abierta en uno de los ángulos de la pirámide por la parte exterior, que conducía á una especie de terrado ó galería en la base del segundo piso, la cual rodeando completamente el edificio terminaba en otra escalera, abierta tambien en el mismo ángulo que la anterior, precisamente sobre ella y que guiaba á otro terrado igual.

(19) Torquemada, Monarch. ind., lib. 8, cap. 20 y 21.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.

No puede dejar de sorprender la gran semejanza que se advierte, no solo entre unas pocas é inútiles formas, sino en todo el método de vida de los sacerdotes mejicanos y egipcios. Comp. Herodotus (Euterpe, passim) y Diodorus (lib. 1, sec. 73 y 81). El lector ingles puede consultar para el mismo objeto á Heeren (Hist. Res., tom. V, p. 2,) y á Wilkinson (Manners and Customs of the Ancient Egyptians (Londres, 1837), tom. I, pp. 257-279), especialmente á este último escritor que ha contribuido mas que todos los otros á descubrirnos el interior de la vida social de ese pueblo interesante.

Así es, que tenía que andarse todo el circuito del templo varias veces para llegar á su extremidad superior; aunque algunas ocasiones la escalera conducía directamente al centro del frente occidental del edificio. En la parte superior había una ancha área, donde se levantaban una ó dos torres de cuarenta á cincuenta piés de altura, que eran los santuarios donde se conservaban las sagradas imágenes de los dioses que presidían estos templos. Delante de ellos estaba colocada la horrible piedra del sacrificio, y se veían dos elevados altares en los que se conservaba el fuego sagrado tan inextinguible como el del templo de Vesta. Se asegura que había seiscientos de estos altares en edificios mas pequeños dentro de los muros del gran templo de Méjico, los cuales juntos con los que había en los de las otras partes de la ciudad, esparcían una brillante iluminación sobre sus calles aun en la noche mas oscura (20).

Por la misma construcción de sus templos, todos los servicios religiosos eran públicos. Las largas procesiones de sacerdotes caminando alrededor de sus macizos lados para subir á la parte superior, y los funestos ritos del sacrificio que allí se consumaba, eran visibles desde las partes mas remotas de la capital, imprimiendo en la mente del espectador una veneración supersticiosa por los misterios de su religión, y por los terribles ministros que los interpretaban.

Esta impresión se conservaba en toda su fuerza por medio de numerosas festividades. Cada mes estaba consagrado á alguna deidad tutelar, cada semana, y puede decirse cada día, tenía señalado en el calendario alguna celebridad particular; de manera, que es difícil entender cómo podían ser compatibles las ocupaciones ordinarias de la vida, con las exigencias de la religión. Muchas de sus ceremonias tenían un aspecto lucido y agradable, como que consistían en canciones y danzas nacionales, en que tomaban parte los dos sexos. Se hacían procesiones de mugeres y niños, que iban coronados con guirnaldas, y llevaban ofrendas de frutas y maíz sazonado, de suave incienso, de copal y de otras gomas olorosas, y los altares de la deidad no estaban manchados con sangre, excepto la de los animales (21). Estos eran los pacíficos ritos heredados de

(20) Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 307.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Acosta, lib. 5, cap. 13.—Gomara, Crón., cap. 80, en Barcia, tom. II.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 4.—Carta del Lic. Zuazo, MS.

Este último escritor que visitó á Méjico poco despues de la conquista, en 1521, asegura que algunos de los templos mas pequeños ó pirámides estaban formados de tierra impregnada de gomas odoríferas y polvo de oro, algunas veces en tanta cantidad, que probablemente ascendería á un millon de castellanos. (Ubi supra). Estos eran ciertamente los templos de Mammona (la riqueza)! pero no encuentro confirmados tales cuentos dorados.

(21) Cod. Tel.-Rem., lám. 1, y Cod. vat., passim, ap. Antiq. of Mexico, tom. I, y VI.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 10, cap. 10, y sig.—Sahagun, Histor. de Nueva-España, lib. 2, passim.

Entre las ofrendas, merecen particular mención las codornices, por la increíble cantidad de ellas que se sacrificaba y consumía en muchas de las festividades.

los toltecas sus predecesores, en los cuales el feroz azteca introdujo una detestable superstición demasiado odiosa para presentarla con todos sus coloridos, y sobre lo cual gustosamente correría un velo, si esto no hiciera que el lector ignorara la mas notable de sus instituciones, y la que había tenido mas influencia en la formación del carácter nacional.

Adoptaron los aztecas los sacrificios humanos al principio del siglo diez y seis, (2) cerca de doscientos años antes de la conquista (22). Raros al principio, se hicieron mas frecuentes al paso que se extendía su imperio, hasta que por último todas las festividades terminaban con tan cruel abominación. Estas ceremonias religiosas se arreglaban generalmente de modo que ofrecieran una representación de las circunstancias mas notables del carácter ó historia de la deidad que era su objeto. Bastará proponer un solo ejemplo.

Una de las mas importantes festividades, era la que se hacía en honor del dios Tezcatlipoca, cuyo rango solo se consideraba inferior al del Supremo Ser. Se le llamaba „el alma del mundo:” se suponía haber sido su creador; y se le pintaba como á un hombre hermoso dotado de juventud perpetua. Un año antes del proyectado sacrificio, un prisionero que se distinguía por su belleza, y sin defecto alguno en su cuerpo, era escogido para representar á esta deidad. Ciertos cuidadores se encargaban de él y lo instruían en el modo de desempeñar su nuevo oficio con atractiva gracia y dignidad. Se le adornaba con vestidos espléndidos, y se le regalaba con incienso y una profusión de flores de suave olor, á las cuales los antiguos mejicanos eran tan afectos como sus descendientes en la época presente. Cuando salía era acompañado por un séquito de pajes de palacio; y si se detenía en las calles á tañer alguna melodía favorita, se inclinaba ante él la multitud, y le rendía homenajes como representante de la deidad. De esta manera pasaba una lujosa y regalada vida hasta un mes antes del sacrificio. Cuatro hermosas doncellas que tenían los nombres de sus principales diosas, eran entonces escogidas para participar de los honores de su lecho, y continuaba viviendo con ellas en el estado conyugal, asistiendo tambien á los banquetes de los principales nobles que le tributaban todos los honores de la divinidad.

Al fin llegaba el fatal día del sacrificio: el término de las glorias de su corta vida. Se le despojaba de sus ricas vestiduras, y se despedía de las hermosas compañeras de sus placeres. Una de las falúas reales lo llevaba por enmedio del lago á un templo edificado en su orilla, á distancia como de una legua de la capital, y allí se reunían todos los habitantes de ésta para presenciar la consumación de la ceremonia. A tiempo que la triste procesion pasaba alrededor de la pirámide, la desventurada víctima arrojaba sus graciosas guirnaldas, y hacía pedazos los instrumentos de música con que había endulzado las horas de su cautiverio.

(22) Las tradiciones de su origen tienen algo de fabuloso. Pero sean verdaderas ó falsas, siempre indican una ferocidad sin ejemplo en la nación que se sujetase á ellas. Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 167, y sig. Tambien Humboldt, quien parece no duda de tales tradiciones. Vues des cordillères, p. 95.

En la parte superior del templo era recibido por seis sacerdotes, cuyos largos y dispersos cabellos caían desordenadamente sobre sus negras vestiduras cubiertas de arrolladas escrituras geroglíficas de mística importancia. Lo conducían á la piedra del sacrificio, que era de un reluciente jaspe, con la superficie superior algo convexa, y lo extendían sobre ella. Cinco sacerdotes sujetaban su cabeza, sus brazos y piernas, entre tanto que el sexto, vestido con un manto escarlata, emblema de su sanguinario oficio, abría diestramente el pecho de su víctima con un afilado cuchillo de *itzli*, sustancia volcánica tan dura como el pedernal, y metiendo su mano en la herida, extraía el corazón palpitante. En seguida este ministro de la muerte levantándolo primero hácia el sol, objeto del culto de todo el Anáhuac, lo arrojaba á los piés de la deidad á quien estaba consagrado el templo, y al mismo tiempo la multitud se postraba en humilde adoración. La trágica historia de este prisionero se interpretaba por los sacerdotes como la representación del destino del género humano, que si bien es brillante en su principio, frecuentemente concluye con el pesar y la desgracia (23).

Tal era la forma de los sacrificios humanos, comunmente practicada por los aztecas, la misma que los indignados ojos de los europeos encontraron tan á menudo al recorrer el país, y de cuyo horrible destino no estuvieron exentos ellos mismos. Había algunas ocasiones en que se usaban primero las más terribles torturas con cuya descripción no es necesario conmover al lector, y que siempre terminaban en la cruenta ceremonia ya descrita. Es de notarse, sin embargo, que tales tormentos no eran la espontánea sugestión de la crueldad como entre los indios norte-americanos, sino el cumplimiento de lo prescrito en el ritual azteca, é indudablemente serían muchas veces aplicados con los mismos sentimientos de repugnancia que un devoto familiar del Santo oficio experimentaría acaso al ejecutar sus severos decretos (24). Las mugeres, de la misma manera que

(23) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 2, 5, 24, et alibi.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 16.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 7, cap. 19; y lib. 10, cap. 14.—Rel. d'un gent. ap. Ramusio, tom. III, p. 307.—Acosta, lib. 5, cap. 9-21.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Relacion por el regimiento de Veracruz (Julio, 1519), MS.

Pocos lectores probablemente simpatizarán con la sentencia de Torquemada, quien concluye la relación de esta trágica ceremonia, con mandar friamente „el alma de la víctima á penar en el infierno con las de sus falsos dioses.” Lib. 10, cap. 23.

(24) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 10 y 29.—Gomara, Crón., cap. 219 en Barcia, tom. II.—Toribio, Hist. de los ind., MS., part. 1, cap. 6-11.

El lector hallará una pintura medianamente exacta de la clase de estas torturas en el canto primero del „Inferno.” Las fantásticas creaciones del poeta Florentino, casi se veían realizadas al mismo tiempo que las escribía por los bárbaros habitantes de un mundo desconocido. Un sacrificio de un carácter menos odioso, merece mencionarse. Los españoles lo llamaron „sacrificio gladiatorio,” y puede recordar uno de los sangrientos juegos de la antigüedad. Dábanse algunas veces armas á un prisionero de distinción, para que combatiera sucesivamente con cierto número de mejicanos. Si los vencía á todos, como casualmente sucedía, quedaba en libertad; pero si sucum-



Instrumentos para los sacrificios.

las personas del otro sexo, eran algunas ocasiones destinadas al sacrificio. En ciertos casos, principalmente en la estacion de la seca, y en la festividad del insaciable Tlaloc, dios de la lluvia, se le ofrecian niños, por lo comun infantes. Como que se llevaban en andas descubiertas, adornados con las vestiduras propias de la solemnidad, y cubiertos con las risueñas flores de la primavera, movian á piedad al corazon mas endurecido, no obstante que sus gritos se ahogaban en el horrible canto de los sacerdotes que leian en las lágrimas de aquellos desgraciados el augurio favorable de su petición. Estas inocentes víctimas, generalmente las compraban, á padres pobres, quienes ahogaban la voz de la naturaleza probablemente menos con las sugerencias de la miseria que con las de una infame supersticion (25).

Pero aun falta que referir la parte mas abominable de la historia, á saber: el destino que se daba al cuerpo del prisionero sacrificado. Se entregaba al guerrero que lo habia aprehendido en el combate, quien despues de desnudarlo, lo servia en un banquete á sus amigos. No era ésta la horrible comida del hambriento caribe, sino un banquete provisto de deliciosas bebidas y delicadas viandas, preparadas con arte, al que asistian personas de ambos sexos, que como veremos mas adelante, guardaban todo el decoro propio de una vida civilizada. Seguramente nunca la cultura y el extremo de la barbarie se pusieron en un contacto tan íntimo (26).

Muchas naciones, sin exceptuar las mas civilizadas de la antigüedad, han practicado los sacrificios humanos (27); pero ninguna de ellas en una escala comparable con los del Anáhuac. El número de las víctimas inmoladas en sus execrables altares, pudiera hacer vacilar la fe del menos escrupuloso de los lectores. Casi ningun autor pretende estimar los sacrificios anuales de todo el im-

---

bia, era arrastrado á la piedra del sacrificio, é inmolado en la forma acostumbrada. El combate se verificaba sobre una enorme piedra circular, y á presencia de casi todos los habitantes de la capital. Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 21.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 305.

(25) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 1, 4, 21 et alibi.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 10, cap. 10.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 76 y 82.

(26) Carta del Lic. Zuazo, MS.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 7, cap. 19.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 17.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 21, et alibi.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 2.

(27) No diré del Egipto, donde no obstante las señales que se advierten en sus monumentos, hay fuertes razones para dudarle (Comp. Herodotus, Euterpe, sec. 45); pero ocurría frecuentemente entre los griegos como todo principiante lo sabe. En Roma eran tan comunes, que fué necesario prohibirlos por una ley expresa, menos de cien años antes de la era cristiana, cuya ley recuerda Plinio con muy merecidas alabanzas (Hist. nat., lib. 30, sec. 3 y 4). Sin embargo, pueden encontrarse algunos vestigios de esta práctica en un periodo muy posterior. Véase entre otros, á Horace, Epod., in Canidiam.

perio en menos de veinte mil, y algunos los hacen subir hasta cincuenta (28). En las grandes solemnidades, como la coronacion de un rey, ó la consagracion de un templo, era mas espantoso el número. Al dedicarse el gran templo de Huitzilopotchli en 1486, se recogieron los prisioneros que se habian reservado por algunos años con este intento en todos los puntos de la capital, y se colocaron en filas, formando una procesion de cerca de dos millas de largo. Empleáronse varios dias en la ceremonia, y se asegura que setenta mil prisioneros perecieron en el altar de esta terrible deidad. ¿Pero quién puede creer que tantos hombres reunidos, hubieran sufrido sin resistencia ser llevados como ovejas á la muerte? ¿O cómo pudo disponerse de sus numerosos restos, excesivos sin duda, para ser consumidos de la manera ordinaria, sin producir una peste en la capital? Y sin embargo, este acontecimiento era reciente y con unanimidad lo atestiguan los historiadores más instruidos (29). Un hecho sí puede considerarse cierto. Se acostumbraba conservar los cráneos de las víctimas en edificios destinados á este objeto, tanto que los compañeros de Cortés contaron en uno de ellos ciento treinta y seis mil (30). Sin querer inferir de

(28) Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 49.

El obispo Zumárraga, en una carta escrita pocos años despues de la conquista, asienta que veinte mil víctimas se inmolaban anualmente en la capital: Torquemada las convierte en veinte mil niños, (Monarch. ind. lib. 7, cap. 21,) y Herrera, siguiendo á Acosta, dice que veinte mil víctimas se sacrificaban en todo el reino, en un día señalado del año (Hist. general, déc. 2, lib. 2, cap. 16). Mas cauto Clavijero, infiere que este número podia sacrificarse anualmente en todo el Anáhuac (Ubi supra). Con todo, Las Casas en su respuesta á la asercion de Sepúlveda, de que ninguno de los que habian visitado el Nuevo-Mundo, daba un número menos que el de veinte mil, declara que „este es el cálculo de los malvados que desean encontrar una disculpa para sus atrocidades, y que el verdadero número no excedia de cincuenta.” (Euvres, ed. Llorente (Paris, 1822), tom. 1, pp. 365 y 386.) Probablemente la aritmética del buen obispo en este caso, así como en casi todos los otros, dimanó mas bien de su corazon que de su cabeza. Con tan vagos y contradictorios datos, es claro que cualquier número determinado, debe reputarse como una mera conjetura indigna del nombre de cálculo.

(29) No me excedo de los límites señalados por los autores que hablan de la materia. Torquemada calcula el número mas precisamente á 72.344 (Monarch. ind., lib. 2, cap. 63). Ixtlilxochitl, con igual precision á 80.400. (Hist. chich., MS.) ¿Quién sabe? Agrega el último que los prisioneros sacrificados en la capital en el transcurso de ese memorable año excedieron á 100.000 (lugar citado). Sin embargo, basta leer un poco para encontrar que la ciencia de los números, al menos cuando no habian sido testigos de vista, es todo, menos una ciencia exacta entre estos antiguos historiadores. El Codex Tel.-Remensis escrito unos cincuenta años despues de la conquista, reduce la suma á 20.000. (Antiq. of Mexico, tom. I, lám. 19, y tom. VI, p. 141, ing. not.) Aun esto con mucha dificultad lo apoya el intérprete español llamando al rey Ahuitzotl „un hombre de templada y benigna condicion.” Ibid, tom. 5, p. 49.

(30) Gomara refiere el número, fundándose en la autoridad de dos soldados, cuyos nombres expresa, que se tomaron el trabajo de contar los horribles despojos en

esto un cálculo preciso, se puede asegurar sin temor de equivocarse, que anualmente se ofrecian millares de víctimas en los sanguinarios altares de las divinidades mejicanas, distribuidos en las diversas ciudades del Anáhuac (31).

El grande objeto de la guerra entre los aztecas, era el de reunir víctimas para sus sacrificios y extender su imperio. De aquí resultaba que el enemigo nunca era muerto en el campo si podia tomarse vivo, á cuya circunstancia debieron los españoles varias veces su preservacion. Preguntado Montezuma, „¿por qué habia sufrido que la república de Tlascal conservara su independenciam en los confines de su imperio?” contestó que „ella podia proporcionarle víctimas para sus dioses.” Cuando aquellas comenzaban á faltar, los sacerdotes, que eran como los Domínicos del Nuevo-Mundo, las demandaban con instancia, y urgian á su supersticioso soberano con las amenazas de la ira celestial. Semejantes á los sacerdotes militantes del cristianismo en los siglos medios, se mezclaban en las filas de los guerreros, y se hacian notar en lo mas peligroso del combate por su horrible aspecto, y frenéticos gestos. Es muy singular que en todos los países se han encendido las mas innobles pasiones del corazon humano en nombre de la religion (32).

La influencia de estas costumbres sobre el carácter de los aztecas, fué tan desastrosa como debia esperarse. La familiaridad con los sangrientos ritos del sacrificio endureció su corazon, y alimentó una sed de sangre igual á la que excitaban en los romanos las representaciones del circo. La continua sucesion de ceremonias en las cuales tomaba parte el pueblo, asoció á la religion con sus ocupaciones mas domésticas, y esparció la obscuridad de la supersticion en el interior de las familias, hasta que el carácter de la nacion tomó el aspecto grave y melancólico que todavia se advierte en sus descendientes. La influencia del

uno de estos Gólgotas donde estaban colocados para producir el efecto mas espantoso. Todos los escritores de la época, atestiguan la existencia de estos conservatorios.

(31) El conquistador „anónimo” asegura como un hecho sin disputa, que el demonio se introducía en los cuerpos de los ídolos, y persuadía á los necios sacerdotes de que solo se alimentaba con corazones humanos; lo que daba una solucion satisfactoria á su mente respecto de la frecuencia de sacrificios en Méjico. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 307.

(32) Los sacerdotes tezcucanos hubieran con mucho gusto persuadido al humano rey Nezahualcoyotl una vez que se experimentó peste, á aplacar á los dioses con el sacrificio de algunos de sus súbditos en lugar de sus enemigos, fundándose en que ellos no solo lo obtendrian mas fácilmente, sino que serian víctimas nuevas y mas agradables (Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 41). Este escritor menciona un arreglo celebrado por los monarcas aliados con la república de Tlascal y sus confederados. Se señalaba un campo de batalla, en el cual las tropas de las naciones enemigas habian de combatir en cierto tiempo y de esta manera proveerse de víctimas para el sacrificio. La parte victoriosa no habia de aprovecharse de sus ventajas para invadir el territorio de la otra, y en todo lo demas habian de continuar bajo un pié el mas amigable. (Ubi supra.) El historiador que sigue las huellas del cronista tezcucano, puede hallar ocasion de escudarse como Ariosto con

„Mettendolo Turpin, lo metto anch'io.”

sacerdocio llegó por consiguiente á no conocer límites. El mismo soberano se creía honrado con que se le permitiera tomar parte en el servicio del templo, y lejos de limitar la autoridad de los sacerdotes á los negocios espirituales, varias veces sujetaba su opinion á la de ellos, no obstante ser los menos aptos para aconsejarle. Fué su opinion la que impidió la capitulacion decisiva que habria salvado á la capital. Toda la nacion, desde el rústico campesino hasta el príncipe, doblegaba su cuello á la mas terrible especie de tiranía, la de un ciego fanatismo.

Reflexionando sobre las costumbres indicadas en las páginas precedentes, se halla dificultad en conciliar su existencia con cualquiera cosa semejante á una forma regular de gobierno, ó á un adelanto en la civilizacion; y sin embargo, los mejicanos por muchos títulos pueden considerarse como una nacion culta. Acaso podrá entenderse mejor esta anomalía, recordando la condicion de algunos de los mas ilustrados paises de Europa en el siglo diez y seis, despues del establecimiento de la moderna Inquisicion, que anualmente destruía millares de hombres con una muerte mas penosa que la de los sacrificios aztecas: que armaba el brazo del hermano contra su propio hermano; y que poniendo su abrasador sello en los labios, retardaba la marcha de la civilizacion, mucho mas que otro cualquiera arbitrio inventado por la astucia del hombre.

Los sacrificios humanos, aunque crueles, nada tenían de degradantes para sus víctimas. Antes bien puede decirse que los ennoblecia consagrándolos á los dioses; y aunque tan terribles entre los aztecas, ellos mismos los abrazaban algunas veces voluntariamente como la muerte mas gloriosa, y la que abria un camino seguro para el Paraiso (33). Por otra parte, la Inquisicion cubria de infamia á sus víctimas en esta vida, y las consignaba á la eterna perdicion en la otra. Pero un detestable rasgo de la supersticion azteca, la hace mayor que la cristiana, el canibalismo, aunque realmente los mejicanos no eran caribes en toda la acepción de la palabra, pues no comian carne humana solo por saciar su brutal apetito, sino por obedecer los preceptos de su religion. Servian en su mesa las víctimas cuya sangre habia corrido en el altar del sacrificio, distincion muy digna de notarse (34). Con todo, el canibalismo, bajo cualquiera forma, y sea cual fuere la sancion que se le dé, no puede menos de ejercer una fatal influencia en la nacion que lo permita. Él sugiere ideas tan detestables, tan degradantes al hombre y á su naturaleza espiritual é inmortal, que es impo-

(33) Rel. d'un gent. ap. Ramusio, tom. III. p. 307.

Entre otros muchos ejemplos se presenta el de Chimalpopoca, tercer rey de Méjico, que se sujetó con un número de sus nobles á esta muerte para limpiar la mancha de indignidad que le habia inferido otro monarca. (Torquemada, Monarch. ind., lib. 2, cap. 28). Esta era la ley del honor entre los aztecas.

(34) Voltaire, sin duda pretende esto, cuando dice, „Ils n'étaient point anthropophages, comme un très-petit nombre de peuplades Américaines.” No eran antropófagos como un número muy corto de los pueblos americanos (Essai sur les Mœurs, cap. 147).